

Una vez hecha la cama y bien calentada, Lucrecia y Eustaquio lograron, con cariñosas frases, sacar á Lorenzo de su sopor y le ayudaron á subir la escalera. Sin desplegar los labios, con la cabeza oscilante y los ojos medio cerrados, contentábase Lorenzo con responder por señas, esforzándose por hacer asomar una ligera sonrisa á su rostro.

Eustaquio le desnudó, le puso una camisa bien caliente y le metió en el lecho.

—Ahora—dijo Lucrecia cuando el alguacil estuvo abajo—es preciso que tomes un coche en la posada y vayas á Sermaize para avisar á su tía de lo que ocurre.

—¿Y mis notificaciones?—exclamó Eustaquio alarmado.

—Las haré esta tarde... Yo, entretanto, enviaré á buscar al anciano médico de Jean d'heures.

Eustaquio era un dechado de obediencia. Volvió á coger su cartera, abrazó á Lucrecia, tomó su bastón de boj y echó á andar, no sin que le arrancase un suspiro el pensamiento de su comida de mediodía, que se iba haciendo por momentos más problemática.

La señora Lapasque se quedó á la cabecera de Lorenzo. Este, todavía muy tembloroso, pero algo confortado con el suave calor del lecho, parecía respirar con menos trabajo. Su rostro expresaba una especie de beatífica laxitud; aspiraba con placer el olor de las sábanas que trascendían á raíz de lirio;

sus ojos contemplaban con infantil curiosidad las cortinas amarillas bordadas de encarnado, el papel gris salpicado de ramos de rosas, la corona de flores de azahar de Lucrecia colocada bajo un fanal en el centro de la chimenea, los redondeles en mosaico de paño multicolor tendidos en el respaldo de cada silla... Enseguida volvieron á cerrarse sus párpados bajo el peso del fuerte dolor de cabeza. Su cerebro estaba lo mismo que el cuerpo, calentamiento y embotado. De cuando en cuando pensaba: «Estoy muy malo;» pero su debilidad de espíritu era tal, que no se preocupaba demasiado con tal idea. Cerraba los ojos sin pararse á reflexionar si volvería á abrirlos; solo pensaba en una cosa, á saber: que después de la pesadilla de la noche última, era una delicia descansar en aquella ancha cama calentita, y olvidarse de todo..

—¿Os sentís bien?—preguntó á media voz Lucrecia, apoyando cariñosamente su fresca mano en la ardorosa frente del enfermo.

Este movió los párpados y contestó débilmente,

—Sí... muchas gracias.

Enseguida echó hacia atrás la cabeza en la almohada, y volvió á quedar sumido en un profundo letargo.

VIII

Dejamos á M. de Rosieres de centinela en el cami-

no por donde debía venir Santa María para llegar á Sermaize. Allí estuvo de plantón durante una hora larga, unas veces andando, para hacer algun ejercicio, otras recostado en un árbol, abriendo desmesuradamente los ojos y aplicando el oído al menor rumor y sin ver llegar al que esperaba.

Dieron las nueve. Habíanse retirado los últimos paseantes temiendo á la lluvia que amenazaba; el camino había quedado totalmente desierto, y hasta en el pueblo iban poco á poco extinguiéndose los ruidos. Solo á intervalos se oían las notas lejanas de un piano en un cuarto de alguna fonda, y el balido de algunas ovejas dentro del aprisco.

El marqués aguantó el poste durante otra media hora, y luego, perdida la paciencia, echó á andar hacia la Espaillaie.

—¡Vive Dios!—gruñía.—¡Si ese visionario de Santa María habrá tenido el capricho de faltar á su palabra!

Siguió andando hasta llegar á la puerta de la Espaillaie. La casa estaba oscura, silenciosa y como sepultada en profundo sueño.

¿Estaría allí aún Lorenzo, ó habría tenido Berta siquiera la prudencia, sabiendo que había regresado el tío agua-fiestas, de despedir temprano á su amante?

M. de Rosieres quiso á todo trance saber á qué atenerse, y desandando el camino hasta la primera posada, preguntó las señas de la casa del doctor

Husson. Era incapaz de soportar durante largo tiempo la incertidumbre, y aun á riesgo de encontrarse con Sofia, estaba decidido á esperar á Lorenzo en su propia morada.

Había luz en las ventanas de la planta baja. El marqués llamó y preguntó á la sirvienta.—No, el doctor Husson no había vuelto todavía pero no podía tardar, y si el caballero visitante quería tomarse la molestia de entrar, hallaría en la sala á una dama que ya estaba esperando al médico.

El marqués venía ya cansado de sus paseos en la carretera; además, empezaba á lloviznar y se resignó á seguir á la doméstica; pero al poner el pié en el dintel de la sala, no pudo contener un grito de sorpresa al ver á la visitante que le había precedido.

Tiesa en una silla y desnuda la cabeza, la señorita Sebastiana de Fierbois estaba cerca de la lámpara haeiendo media, tan pacíficamente y tan á sus anchas como si se encontrara en su propio gabinete de las Petites-Islettes.

—¡Diablo!—exclamó M. de Rosieres.—¡Vos también aquí, madrina! Por lo visto esta noche es la noche de los encuentros... ¿Y qué diantres haceis en Sermaize?

—¡Buenas noches!—contestó con su voz hombruna la señorita Sebastiana.—Ya lo estás viendo, aguardando á Lorenzo. . Por espacio de dos meses me ha

estado barrenando los oídos con la cantilena de que iba á casarse, y despues ni una palabra. Entonces me he acordado de tus augurios de la otra tarde, me he escama lo, y como me intereso por ese chico y ha concluido la cocción en la fábrica y se suspenden los trabajos durante quince dias, he caido esta tarde, sin decir agua va, en casa de mi sobrino Noirel, y aquí me tienes... Y ahora, ¿haces el favor de decirme dónde está Lorenzo y qué es lo que pasa?

—Lo que pasa, ¿eh?—contestó el marqués dejándose caer en una silla—Preparad, excelente madrina, vuestros castos oídos, porque vais á oír lindezas... Lo mismo piensa ese tuno de Lorenzo en casarse que yo en hacerme fraile cartujo; yo adiviné la verdad, corteja á mi sobrina de Briouilles.

—¿Tienes pruebas de ello?—preguntó la señorita de Fierbois, encogiendo de hombros y clavando la aguja en sus cabellos alborotados.

—¡Pruebas!... Sois, madrina, tan incrédula como Santo Tomás... ¿Qué más prueba que acabar de ver por mis propios ojos al camarada entrar nocturnamente y de tapadillo en la casa de mi sobrina por la puerta del jardín? Traté de detenerle el paso, echándole una buena reprimenda... ¡Que si quieres! Estaba furioso... ¡Vive Dios que tiene sangre caliente!... Mi sermón y yo nos hemos quedado á la puerta, en tanto que vuestro Benjamin corría á su cita.

Refirió brevemente á Sebastiana lo ocurrido desde

su llegada á Sermaize, y la vieja frunció las cejas, hacía girar sus grandes ojos dentro de las órbitas y prorrumpló en sordos gruñidos á medida que se acentuaba la escandalosa relación de M. de Rosieres. Este, por su parte, encontraba tan graciosa la ave-natura, que al contarla, había recuperado su buen humor y sus maneras atolondradas.

—Vamos á ver, madrina—la preguntó por último, cruzándose de brazos y extendiendo las piernas en ademán triunfal,—¿qué decís de esto?

—Digo que los hombres son unos tunos rematados—gruñó la señorita de Fierbois—y que tu Lorenzo vale tan poco como tú mismo... ¡Ah! ¡tiene á quién parecerse el pícaro y no puedes renegar de él, á fé mia!

—Al contrario, él es quien reniega de mí, y hasta me ha espetado en mis barbas verdades bastante duras durante nuestra conferencia entre la hilera de saucos y aquella maldita puerta.

—¡La tal Berta Fontenille!—prosiguió furiosa la señorita Sebastiana.—¡Fíate en esas remilgadas con su traza de armiños confitados en nieve!... Pero, ¿qué tienen en el cuerpo esas criaturas para embrujar así á los jóvenes honrados? ¡Merecía esa ser azotada y chamuscada en la plaza pública!

—¡Diablo! no vais poco lejos—la interrumpió el marqués.—¿Qué sería entonces de este pobre mundo?... ¿Veis, madrina, como no entendeis una pala-

bra de estas cosas? . Esa melindrosa Berta es seductora y gatita hasta la punta de los dedos. Es una engatusadora, yo os lo aseguro, y entiendo de estas cosas... Las mujeres de pupilas azules, cutis blanco y cabello negro—continuó guiñando un ojo y haciendo castañetear la lengua—son lo más... Basta, yo me entiendo... ¡Ah! Lorenzo es un tunante afortunado, y quédese entre nosotros, madrina, al mismo tiempo que le reprendía con dureza, os aseguro que me interesaba esa mala cabeza... Tenía que violentarme para no darle un abrazo, y hasta me arrepentía de haber prevenido á ese inocentón de marido... ¡Las once!—dijo interrumpiéndose para escuchar el reloj de Sermaize.—¡Y ese Lorenzo no parece!... ¿Sabeis que la cosa empieza á ser alarmante? Si al menos tuviese yo la seguridad de que mi sobrino había retardado su marcha...

En aquel momento entreabrió la sirvienta la puerta de la sala. También ella empezaba á inquietarse por la ausencia de su amo y la persistencia de aquellos dos desconocidos en esperarle á hora tan descompensada.

—No vuelve M. Husson—dijo—y ya va haciéndose tarde... El caballero y la señora deberían regresar á su hotel, si no quieren encontrarse después con la puerta cerrada.

—Hija mia—contestó la señorita Sebastiana, volviendo á tomar su media—somos amigos de vuestro

amo y le esperaremos hasta mañana por la mañana... Avisad á mi sobrino M. deNoirel que pasará aquí la noche.

Esta contestación, formulada con enérgico acento intimidó á la sirvienta, quien abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, se quedó un rato contemplando á aquella mujer resuelta que disponía y obraba como si estuviese en su casa.

—Sí, hija mia—añadió por su parte el marqués—haced lo que se os dice y acostaos en seguida; nosotros esperaremos al doctor tendidos cada uno en un sillón... Una mala noche pronto se pasa.

Una hora despues reinaba en la casa profundo silencio. M. de Rosieres, que no aguantaba las luces demasiado vivas, había bajado la mecha de la lámpara, y la señorita Sebastiana, envuelta la cabeza en un pañuelo, procuraba dormirse. De cuando en cuando se despertaban los dos, escuchaban la lluvia que azotaba los cristales y el viento que gemía en los árboles, y volvían á caer en una vaga somnolencia.

El marqués, á quien no satisfacía gran cosa aquella manera de dormir, era el que se mostraba más agitado; sentía hormiguillo en los piés, y se volvía y revolvió en su asiento como una carpa sobre la hierba. Hacia el amanecer, oyóse el canto de un gallo en el corral, y M. de Rosieres se incorporó sobresaltado, profiriendoun juramento. Habíase apagado la lám-

para, despidiendo un olor nauseabundo, que hizo estornudar á Sebastiana.

—¿Qué hora es?—preguntó ésta estirándose y bostezando.

El marqués hizo sonar su reloj de repetición.

—¡Las tres!—dijo—Se conoce que el muy tuno, se encuentra á gusto... A su edad no se tiene tiempo para contar las horas...

—¡Esto es insufrible!—gruñó la señorita Sebastiana,—¡Oh! ¡qué canallas de hombres!

—No participa Mme. Berta de vuestra opinión, por lo visto...

—Haz favor de no provocarme y de dejarme en paz.

Volvieron ambos á acurrucarse en su sillón, y esta vez, vencidos por la fatiga, se durmieron completamente.

Era ya entrado el día cuando la llegada de la sirviente les despertó azorados.

—¿Ha vuelto vuestro amo?—preguntó la señorita de Fierbois, despojándose de su pañuelo.

—¡Ay! no, señora; yo no sé lo que puede haberle ocurrido—contestó la pobre moza, aturdida.

Cuando se alejó, murmuró el marqués:

—Por quien soy que me arriesgo á efectuar un reconocimiento hacia la Espailleraie.

Se levantó dando resoplidos, se arregló el traje y echó á andar hacia la casa de Mme. de Briouilles.

Al cabo de un cuarto de hora regresó medio ape-

sadumbrado, medio satisfecho, ofreciendo la complicada expresión de su semblante un insólito aspecto, pues al paso que su mirada burlona chispeaba y sonreía, el labio inferior alargado y mohino anunciaba algun contratiempo.

—¿Qué hay?—exclamó la señorita Sebastiana.

—No vuelvo de mi asombro, y sería cosa de morir-se de risa, si no fuese porque debe haber en todo esto algun misterio. Figuraos, madrina, que cuando Lorenzo entró en la Espailleraie ya estaba allí Santa María. Mi buen sobrino había entrado por la puerta de la verja, en tanto que yo sermoneaba á nuestro enamorado á la puertecilla del jardín. La doncella, que es una ladina, me lo ha contado todo... El pobre Lorenzo, que se relamía pensando en la hora de los amores, no ha oído sonar más que la hora de los maridos. ¿No ha pasado tanto tiempo como os figurais en la Espailleraie, porque á las nueve se despidió de los dos cónyuges. ¿Y sabeis, madrina, cómo ha terminado la comedia?

El rostro del marqués tomó un aire picaresco, sus labios se aproximaron al oído de la señorita Sebastiana, y la refirió en voz baja el resto de la aventura de Mme. Berta.

—No ha hecho más que cumplir con su deber!—dijo con tono seco la señorita de Fierbois.

—Vaya, madrina, si no fuései novicia en ciertas materias, sabriais que hay circunstancias en que el

cumplimiento del deber constituye por sí solo un acto heroico... De todos modos, me siento orgulloso cuando considero que yo he sido quien ha operado esa reconciliación... Si en el cielo han llevado la cuenta de mis pecados, espero se me tomará en descargo esta buena acción, que compensa todas las faltas que he podido cometer.

—Pero, ¡Lorenzo, Lorenzo! ¿qué ha sido de él?— exclamó la vieja con impaciencia.

—¡Ah! ¡mil diablos! aquí es donde comienza el misterio... ¿Queréis que os diga una cosa?... Pues me figuro que el tunante tiene más de un trapicheo, y habrá ido á consolarse en otra parte con alguna linda cliente menos vigilada. A falta de pan, buenas son tortas; por lo menos, eso es lo que hubiera yo hecho á su edad.

—¡Tú!—exclamó indignada la señorita Sebastiana—tú fuiste siempre un licencioso, sin fe y sin ley; pero Lorenzo no tiene, á Dios gracias, tu versatilidad y ligereza, y mucho me temo que haya tomado la cosa más á pechos de lo que tú te figuras.

—¡Bah!—repuso el marqués, cuya movil fisonomía revelo cierta especie de inquietud, —teneis la fatalidad de verlo todo negro...

A este punto llegaban de sus reflexiones, cuando un coche se detuvo delante de la puerta; oyóse en seguida un campanillazo, y simultáneamente se estremecieron los dos interlocutores, agitados por idé-

tico presentimiento, en tanto que la sirviente introducía á Eustaquio Lapasque y anunciaba éste que traía noticias del doctor.

—¿Le habeis visto? ¿dónde está?—exclamó impetuosamente la señorita de Fierbois.

—En mi casa, en Robert-Espagne... Le hemos acostado entre mi mujer y yo—contestó Eustaquio con timidez.

Y refirió la lamentable situación en que había encontrado á Lorenzo.

—¿Qué te decía yo?—exclamó severamente la señorita Sebastiana, volviéndose hacia el marqués, cuyo rostro se había alargado al escuchar el relato del alguacil.—¿Habeis traído un carruaje, no es verdad? Pues partiremos en vuestra compañía... Mi sobrino Noirel enviará un despacho telegráfico á la señorita Sofia... ¡Pobre mujer! ¡Qué ajena está de lo que la espera!... Ea, pronto, ahijado, muévete... Antes de diez minutos estaré dispuesta y echaremos á andar.

Con su habitual viveza, no tardó en llegar á la fabrica de vidrios. M. de Noirel se encargó de ir inmediatamente á la estación y expedir un telegrama á Sofia llamándola á Sermaize, sin hacer mención de la enfermedad de Lorenzo. Acto continuo, la señorita de Fierbois, provista de su ancho sombrero de paja y de un monumental paraguas, que la servía de sombrilla, se acomodó en el carruaje al lado de

M. de Rosieres. Eustaquio Lapasque, cuyas largas zancas rebasaban la tarima del pescante y rozaban la grupa del caballo, fustigó vigorosamente al animal, y el charabán echó á rodar en dirección al bosque.

IX

El charabán no se distinguía por la elasticidad de sus muelles; casi apoyado sobre su eje, daba saltos con un estrépito de hierro viejo, y á cada revolución de las ruedas, tanto el marqués como Sebastiana botaban en la banqueta como pelotas de goma. El movimiento de trepidación era tal, que hacía toda conversación imposible. Así, pues, cada cual de los viajeros permanecía absorto en sus propios pensamientos. La vieja contemplaba con aire distraído el centelleo de las avenas heridas por los rayos del sol; el marqués miraba la nariz y la barbilla erizada de cerdas de la señorita Sebastiana, que se estremecía al menor vaivén del vehículo; después exhalaba un suspiro, y se agarraba á la barandilla del carruaje, para no perder por su parte el centro de gravedad...

El charabán enfiló la gran trinchera de Trois-Fontaines. Hacía un tiempo hermosísimo, á propósito para las personas que no estaban enfermas. El cielo ostentaba un purísimo azul, apenas salpicado á lo

lejos por algunas nubecillas blancas. La lluvia había refrescado los bosques y lavado el verde ramaje, que reflejaba más vivamente la luz solar.

La naturaleza toda ofrecía un aspecto de salud y vida exuberante; las hayas lanzaban atrevidamente al espacio su opulento ramaje; los taludes ostentaban la roja alfombra de las digitales en flor, y á distancia los cascabeles de los carros de carbón dejaban oír sus argentinos sonidos.—¡Magnífico tiempo para los sanos!—se repetía maquinalmente el marqués, y su ansioso pensamiento se trasladaba al lado de aquel joven de veintiocho años, á quien había visto la noche antes rebotando de vida y de fogosa pasión y que ahora yacía enfermo en casa extraña.

A pesar de su frivolidad y fuerte dosis de egoísmo, la noticia de la enfermedad de Lorenzo le había impresionado. Concentrado en sí mismo, había sentido reavivarse la fibra del amor paternal. Lorenzo era su hijo, después de todo, y merecía haber sido mejor tratado.

Recordaba M. de Rosieres aquella tarde en que recibió en el Bois-des-Penses al bello adolescente rebosando de juventud y de inteligencia, y acusábase de no haberse conducido con él como hubiera debido. Si, en vez de acogerle como á un niño á quien se alberga por caridad, le hubiera valerosamente reconocido como hijo suyo, otro giro hubieran tomado los acontecimientos. Considerábase responsable de aque-

lla serie de pruebas, sinsabores y desdichas que habían concluido por obligar á Lorenzo á vagar la noche anterior, como una alma en pena, por el bosque, bajo una lluvia torrencial. A la verdad, no acertaba el marqués á comprender tamaño dolor por causa de un capricho amoroso contrariado, pero el hecho era incuestionable; Lorenzo debía haber sufrido horriblemente para entregarse á semejante desesperación; se encontraba gravemente enfermo, y si, por desdicha, aquella enfermedad se hacía mortal, M de Rosieres reflexionaba que suya, exclusivamente suya sería la culpa. Entonces su labio inferior se alargaba desmesuradamente, juntábanse sus cejas y miraba á Sebastiana con expresión humilde y contrita.

La madrina, cobijada bajo su amplio paraguas de cetonia azul, no cesaba de agitarse, hallaba excesivamente largo el camino y á cada momento tocaba en el hombro á Eustaquio, gritando:

—¡Pero no se acaba nunca este camino! ¿Llegaremos ya pronto?

—Sí, señora—contestó por fin Lapasque—no tardaremos... ¡Mirad, allí está Robert-Espagne!

Y con el extremo del látigo señalaba al fondo del valle y á los álamos, entre los cuales veíanse blanquear las casas. En el centro del pueblo divisábanse los dos grandes nogales del recaudador, y luego el huerto con sus dos hileras de tilos y su pabellón que dominaba el río Saulx. La presa parecía un hervide-

ro de agua, y de la concavidad del valle subía un animado ruido formado por el ronquido de los batanes, el vigoroso golpear de las lavanderas, el canto de los gallos y el mujido de las vacas.

El charabán empezó á bajar la cuesta con su estridente traqueteo. Todo respiraba alegría en aquella atmósfera: los leñadores encaminándose al bosque con sus hachas al hombro, los chicos que derribaban nueces á pedradas, las mujeres que tendían ropa lavada en la pradera, todos tenían semblantes alegres y satisfechos. Los ciruelos doblando sus ramas bajo el peso del fruto, los vallados llenos de encarnados escaramujos, de entre los que salían ruidosamente bandadas de chorlitos; todo, objetos, animales y personas, formaba una especie de concierto para celebrar el sol espléndido, el buen humor y la salud...

¡Tiempo deplorable para los enfermos!... Porque el sol arde en el exterior, y á pesar de las ventanas cerradas, el calor de la alcoba se hace irresistible para aquellos á quienes la fiebre tiene clavados en el lecho. La alegría y el ruido tumultuoso de la calle les irritan y les fatigan, todo se convierte para ellos en objeto de malestar y de fastidio, desde el rayo de luz que penetra por la juntura de las ventanas y en el que revelotea un polvillo dorado, hasta el zumbido de las moscas entre los pliegues de las cortinas.

Durante aquel período de subida de la fiebre, en que los sentidos permanecen despejados, el cerebro

solo está medio afectado y el entendimiento tiene conciencia todavía de los objetos exteriores, fijase la atención en los más insignificantes fenómenos con infantil tenacidad. Los menores detalles, los dibujos del papel de las paredes, el tic-tac del reloj, el estridor de una sierra en la calle, adquieren una importancia anómala á medida que el enfermo les vá percibiendo. Desenvuélvense entonces en el cerebro extraños fenómenos de espejismo y de alucinación; los sonidos, los colores, las emanaciones odoríficas parecen materializarse y gravitar con insoportable peso sobre los sentidos debilitados.

Lorenzo, tendido en el lecho, con la piel seca, abrasada la garganta y turbada la cabeza, se encontraba bajo la influencia de esta serie de fenómenos. Las sensaciones pesaban sobre su cerebro como potentes rodillos compresores, y las ideas que engendraba parecían pasar por el laminador y desarrollarse sucesivamente con una lentitud y persistencia irritantes; le producían el efecto de interminables tiras de plomo, prolongándose hasta el infinito. A las impresiones del momento se amalgamaban los recuerdos de la víspera: la lucha con el marqués delante del jardín de la Espalleraie, la aparición de Santa María en el gabinete tocador de Mme. de Briculles, el copioso aguacero en medio del bosque. Su atención impotente ponía tenaz empeño en seguir aquellos lentos y monótonos desarrollos de ideas fijas, fatigá-

base en aquel trabajo, extraviábase en aquel laberinto, y parecía de pronto que aquellos largos hilos paralelos se enmarañaban y enredaban como una madeja desordenada, en que se hallaba aprisionado su entendimiento... Era que, en efecto, el delirio se apoderaba de su cerebro.

El anciano médico de Jeand'heurs llegó, examinó la lengua del enfermo, palpó el vientre y acercó á él el oído, como para apreciar misteriosos ruidos interiores, y en seguida, haciendo un gesto enigmático, dijo á media voz y moviendo la cabeza que la cosa iba para largo y que nada podía decirse todavía. Y se retiró después de recetar algunos medicamentos expectantes, que Lucrecia se apresuró á ir á buscar á la botica del lugar.

Valentina se había quedado con los niños de Lapasque, á los que hizo almorzar en su compañía, y después de las doce, aprovechó el pretexto de acompañarles para ir á casa de Lucrecia. Desde la mañana sentíase devorada por una horrible inquietud, y ansiaba saber cómo se encontraba Lorenzo y qué había dicho el médico. La señora de Lapasque, que tenía una alma excelente, sabía comprender y tomar parte en las inquietudes ajenas y adivinar los pensamientos, sin necesidad de ponerla los puntos sobre las íes.

—Ya que habeis venido—dijo á Valentina,—aprovecharé la ocasión para ir á casa del farmacéutico;

llevaremos á los niños al cenador, para que sus juegos y gritos no molesten al enfermo, y vos me hareis el favor de permanecer al lado de éste hasta mi regreso... No os dará miedo, ¿verdad?—añadió dirigiendo una mirada casi maliciosa á la joven.

En seguida, avergonzada de su pequeña perfidia, la buena Lucrecia se arrojó al cuello de su amiga y la besó con efusión.

Tan luego como estuvo sola Valentina, sin vacilar un momento y sin falsa gazmoñería, se fué derecha á la cabecera de Lorenzo.

Valentina no habia olvidado á su antiguo novio, y su amor se mantenía tan vivo y profundo como el primer día. Pertenecía á esa fuerte raza del Este, que adquiere en el ambiente natal de sus bosques un temple parecido al que dá el agua de aquellos rios al acero que allí se forja. Es digno de estudio el carácter de esas hijas del Meuse. Dificiles de impresionar, pero conservando hasta la muerte la impresión, una vez recibida; poco sentimentales, poco nerviosas, con más voluntad que imaginación, pero sanas, valerosas, sensatas y, una vez influidas por el amor, capaces de grandes arranques y de heroicos sacrificios. Cuando M. Maurin la hizo entender que no podía casarse con Lorenzo, Valentina bajó la cabeza en silencio, porque contaba en el número de sus deberes la obediencia á la paterna autoridad; pero pensó interiormente permanecer fiel al hombre á quien

había entregado su corazón Encerró su amor en el fondo del pecho, pero al hacerlo no trató de sofocarlo, antes bien, le conservó vivo y ardiente, encendido como una lámpara en un subterráneo.

Desde el momento en que supo que Lorenzo estaba enfermo y tal vez de peligro, formó el propósito, á despecho de todos los poderes de la tierra, de correr á su lado para prodigarle sus cuidados. Ningun falso respeto humano ni temor al qué dirán ó á la murmuración de las gentes del lugar, hizo vacilar su resolución. Así como había considerado una obligación someterse á los mandatos de su padre sin discutirlos, así tambien se encaminaba ahora hacia el lecho del enfermo con el convencimiento de que cumplía con su deber.

A la alcoba donde se encontraba Lorenzo precedía una sala bastante espaciosa, donde había establecido Lapasque su despacho. Una especie de gabinete oscuro separaba ambas piezas, cuyas puertas había dejado Lucrecia abiertas, á fin de que el aire pudiese renovarse más fácilmente. Valentina se adelantó de puntillas hasta el umbral de la alcoba, y desde allí trató de distinguir á favor de la dudosa claridad que dejaba penetrar en la pieza los cerrados postigos de las ventanas, el rostro del hombre á quien amaba.

Lorenzo tenía echada atrás la cabeza sobre la almohada; sus ojos estaban entreabiertos, y la fisono-

mía, enrojecida por la fiebre y encajada entre su barba y cabellos negros, se destacaba vigorosamente sobre el fondo blanco del lecho. El delirio empezaba á enseñorearse de él, y sus labios pronunciaban frases incoherentes. Avanzando con precaución en la pieza oscura y silenciosa, pudo Valentina percibir esta palabra, que el enfermo pronunciaba lentamente y con un acento de indecible angustia:

—¡Abandonado!... ¡abandonado!

Valentina sintió oprimírsela el corazón, humedecieronse los ojos, se aproximó á la cabecera de la cama y cayó de rodillas.

Una de las manos de Lorenzo descansaba sobre la colcha de la cama; Valentina la cogió suavemente entre las suyas, y luego, alentada por la oscuridad de la habitación, inclinó la cabeza, oprimió bajo su fresca mejilla aquella mano ardorosa, y permaneció así, encorvada, en una actitud de casto y tierno abandono. Conocida es la magnética influencia que sobre el organismo de un enfermo ejerce la proximidad y la cordial caricia de una persona querida, parece que se exhala de ellas un misterioso fluido que envuelve y tranquiliza al paciente. Tan pronto como la mano del joven doctor se puso en contacto con las manos y la mejilla de Valentina, calmóse un tanto su agitación, se disiparon las pertinaces visiones que oprimían su cerebro, y una calma relativa reemplazó á las pesadillas; era como una música pausada y

melodiosa tras una explosión tumultuosa de discordantes sonidos. El enfermo acabó por abrir los ojos y alcanzó á ver aquella figura arrodillada á su cabecera, ¿Seguía siendo juguete de un sueño, ó era, en efecto, la «linda flor de la vida» quien estaba á su lado y exhalaba en torno su virginal y suave perfume?

—¡Valentina!—exclamó con voz débil.

Levantó ella su graciosa cabeza coronada por los ligeros bucles de su cabellera castaña y llevó el dedo á los labios.

—¡Chist!—contestó.—No os movais... ¿Cómo os sentís?

—¡Mejor, mucho mejor!

La contempló con la indecisa expresión del que despierta de un penoso sueño y no acaba de comprender dónde se encuentra, y en seguida volvieron á cerrarse sus ojos y sus labios se movieron casi imperceptiblemente. Murmuraba sílabas confusas, entre las cuales únicamente á modo de melancólicos sonidos de campana, destacándose de entre el rumoroso estruendo de un repique lejano, se articulaban ciertas palabras con acento de penetrante tristeza:—¡Perdón!... ¡Culpa!... ¡Olvido!...

De repente alzó la cabeza, clavó en Valentina sus pupilas fijas y dilatadas, y dijo con más energía:

—¡Cuán indigno soy de vos!... ¡Sí supiérais!..

—¡Calmaos!—contestó ella alarmada por aquella súbita exaltación.

Creyó comprender que Lorenzo, aludiendo á su nacimiento, quería hablar del secreto que había confiado á M. Maurin la tarde de San Juan, y replicó con voz dulce:

—Sí, lo sé todo, porque me lo ha contado mi padre; pero no os atormentéis, porque nada de lo que me ha dicho puede impedir que os ame muy de veras. No tengo más que una palabra, como no tengo más que un corazón, Lorenzo; ambos os los he dado, y no volveré á recuperarlos...

En tanto que se esforzaba por tranquilizarle, el marqués y Sebastiana, que acababan de apearse del carruaje, subían la escalera con las mismas precauciones que se emplean para andar por la habitación de un enfermo de peligro. Al llegar al centro de la primera pieza, percibieron el rumor de una voz á la cabecera de Lorenzo. La señorita Sebastiana, que iba delante, oyó las últimas palabras de Valentina, y asiendo bruscamente el brazo del marqués, se paró de pronto, y obligó á éste á detenerse también...

En la alcoba seguía el murmullo de la conversación, perceptible unas veces, otras confuso. El marqués y la señorita de Fierbois, inmóviles en medio del despacho de Eustaquio Lapasque, aplicaban el oído, con ademán de asombro, para coger al vuelo las exclamaciones del enfermo y las frases más claras y distintas de la muchacha.

—¡Perdón! ¡perdón! —se obstinaba en repetir Lorenzo, siempre acosado por su idea fija.

—No teneis nada que haceros perdonar—replicaba Valentina, hablando con cariñosas inflexiones de voz como cuando se quiere hacer entrar en razón á un niño.—Nada teneis que echaros en cara. . Sois tan irresponsable de las faltas ajenas como yo lo soy de las preocupaciones de mi padre... Os amo tal como sois, con el nombre que llevais, y antes de ser esposa de otro, preferiré permanecer soltera toda la vida.

En un delicioso arranque de ternura, cogió la mano de Lorenzo y la oprimió contra su pecho.

—Sabedlo de una vez—añalió,—no puedo amar á nadie más que á vos... Antes de lo que acaba de ocurrir, jamás me hubiera permitido deciros nada de esto; pero os veo sufrir, y si mis palabras pueden servir de algún lenitivo, no me arrepentiré de haberlas pronunciado. Os amé desde el primer momento en que os ví en Trois-Fontaines. . Os acordais, ¿no es verdad?... ¿La tarde de los acertijos?

El enfermo dió muestras de haber comprendido, y se sonrió ligeramente.

—Sí—dijo dando un suspiro,—los acertijos... ¡bien me acuerdol... «Tengo los hábitos blancos y amarillo el corazón»... En aquel tiempo el sol bañaba los bosques de Trois-Fontaines, y era yo dichoso... ¡Ah!—exclamó tratando de incorporarse con ademanes agitados.—¡Si yo pudiera! . pero es imposible.

—¿Qué es lo que quisiérais?—murmuró Valentina con voz llorosa.—¡Decid, decid, amado mío!

—Si pudiera... cambiar mi vida.

Se agitó con mayor violencia bajo las ropas de la cama, y apoyando la cabeza en el brazo, dirigió en derredor una mirada escudriñadora. Aumentábase por grados su exaltación, y ya ni aun parecía darse cuenta de la presencia de Valentina ni de los esfuerzos que ésta hacía para calmarle.

—Ya lo oís—prosiguió dirigiéndose á no sé qué seres imaginarios—¡es necesario que se me cambie la vida! Quiero ser un hijo como los demás, y entonces me casaré con Valentina... ¡Decís que en algún tiempo me mostraba orgulloso de ser ahijado de un marqués?—Y se echó á reír nerviosamente.—¡Ahijado no, os equivocais! Bastardo de un marqués... Sofía no está aquí, ¿verdad? y podemos hablar en voz alta... Pues bien, ¡soy bastardo!... Es un oprobio que ha amargado mi existencia y la suya... ¡Pobre tia Sofía!...

Se detuvo falto de aliento... Sus frases iban haciéndose menos perceptibles, hasta convertirse en un murmullo ininteligible, una especie de balbuceo infantil, y volvió á caer la cabeza sobre la almohada.

La señorita Sebastiana, en la vecina habitación, seguía oprimiendo cada vez con más fuerza el brazo del marqués, pero éste no pestañeaba; solamente un temblor nervioso agitaba su nariz y su barba, sus ojos

estaban humedecidos, y adivinábase por ciertas contracciones de sus labios el combate que en su interior se libraba.

La señorita de Fierbois clavó la mirada en los ojos del marqués, moviendo la cabeza.

—Madrina—murmuró M. de Rosieres—ese pobre muchacho me traspasa el corazón.. Me voy.

—¿A dónde vas?—le dijo por lo bajo Sebastiana.

—¿A dónde?—contestó él con un brusco movimiento de hombros y con ademán á la vez furioso y enternecido.—Voy á buscar á Sofía, ¡voto al diablo!

X

Tendido en una butaca en el fondo del gabinete de estudio de Lorenzo, aguardaba el marqués de Rosieres á la señorita Husson, quien, según había calculado el marqués, debía llegar en el tren de las ocho.

Aunque poco impresionable por temperamento, no podía menos de sentirse hondamente preocupado ante la idea de volver á ver á Sofía, despues de un intervalo de dieciocho años, y pensando lo que tenía que decirle.

Había enviado á la sirviente á buscar á su ama, con orden expresa de no decirle una palabra acerca de la enfermedad de Lorenzo, y completamente solo en la casita silenciosa, aguardaba, con el corazón agitado, el momento en que el prolongado silbido de